La segunda filípica: momento histórico y valoración de su contenido

INTRODUCCION

Tan sólo habían transcurrido dos años desde que Atenas y Filipo sellaron con juramento el tratado de la paz filocratea, cuando Demóstenes, a fines del arcontado de Licisco (344-343), pronunció la arenga que nos ocupa [1], considerada por los críticos antiguos como la sexta de las Filípicas.

La adecuada comprensión de este discurso tiene su importancia para enjuiciar toda la política del orador, posterior a la mentada paz del 46. El tono y la actitud aquí adoptados contrastan fuertemente con la postura de serenidad y prudencia que caracterizó a su breve arenga *Sobre la Paz*. Entonces juzgó necesaria la tregua e impidió que su pueblo, justamente irritado con Filipo, la quebrantase; ahora con la vehemencia y ardor en él habituales parece no recordar sino «el aspecto humillante de un tratado, que ha obligado a Atenas a colocarse en la alianza macedónica» [2]. Las circunstancias han cambiado, desapareció el riesgo de una guerra anfictiónica contra Atenas; y Demóstenes, cuyo prestigio político va en aumento, se decide a poner de ma-

---

1. Cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *Carta a Ammeo*, I, 10; W. JAEGER, *Demóstenes*, México, v. e., 1945, p. 298, nota 23.

2. A. PUECH, *Les Philippiques de Démosthène*, Paris, 1952, pp. 148 y s.

Universidad Pontificia de Salamanca

nifiesto a sus paisanos la hostilidad que Filipo les dispensa, y la evidente amenaza que para ellos supone su creciente poderío.

Así Demóstenes, más que ceñirse al punto concreto que ha motivado su intervención, expone en su discurso ideas de política general. Quiere crear en sus oyentes disposiciones permanentes que les hagan compartir sus propios ideales y sentimientos políticos. Su pensamiento, ya maduro, aduce principios orientadores, y descubre la causa fundamental del conflicto entre Atenas y Filipo: existe una oposición irreductible entre el absolutismo del Macedonio y la tradicional política ateniense, oposición que no sólo afecta a los intereses materiales en juego, sino también a los valores de orden espiritual y humano.

MOMENTO HISTORICO

El peligro del exterior.

Demóstenes tenía que librar la batalla contra Filipo en dos frentes: combatirle tanto en el exterior como en el interior de Atenas.

Filipo, gracias a su tesón y astucia, acababa de labrarse una posición privilegiada en Grecia. Aliado con tesalios, tebanos y varios pueblos del Peloponeso, tenía bajo su control los destinos de la Anfictionía Délfica, tras haber franqueado las Termópilas y sojuzgado a los focenses. Dueño, por tanto, de una región clave de Grecia Central podía libremente intervenir en los asuntos de toda Grecia [3]. Es cierto que en el período siguiente, casi todo el año 345 y gran parte del 44, hubo de enfrentarse el rey de Macedonia con la grave amenaza de los ilirios, dardanios y otros pueblos fronterizos. Fue en la campaña que en 344 sostuvo contra los ilirios, cuando al perseguir a su rey Pleurato recibió fuerte lanzada, y allí mismo fueron heridos 150 de los heteros, su tropa escogida. Pero al fin se alzó con la victoria, y por el verano

3. Cf. U. WILCKEN, *Historia de Grecia*, Madrid, v. e., 1951, p. 292; I. ROCA, *Discurso sobre la Paz*, Salamanca, 1965, pp. 16 y s.

Universidad Pontificia de Salamanca

del 344 quedó libre de nuevo para proseguir su política de penetración en la Hélade. Afianzó su predominio en Tesalia, ya que, al terminarse el mando supremo que le había sido confiado, fue elegido (344-342) arconte o jefe de la liga tesalia [4]; de este modo pudo reemplazar la decadarquía por la tetrarquía [5], cuyos gobernantes eran nombrados con su asentimiento, y puso guarniciones en Feras y otras ciudades. Mantuvo firme su alianza con Tebas, por haber entregado en sus manos las ciudades beocias de Orcomeno, Coronea y Corsias, sus rivales naturales. Sobre todo intervino eficazmente en el Peloponeso, ayudando con dinero y refuerzos militares a los arcadios, mesenios y argivos a fin de sacudir el yugo espartano [6]. Esta intromisión de Filipo en los asuntos peloponesios, luego de tener asegurada la dirección política de Grecia Central, suponía para Atenas un peligro manifiesto; respondía, según Demóstenes, al plan concebido por el Rey de aislar a los atenienses y envolverlos por todas partes [7]. Atenas expiaba ahora la culpa de haberse mantenido aferrada a su alianza con Esparta, y de no haber socorrido a los pueblos del Peloponeso, cuando le suplicaron su ayuda. Una vez más se patentizaba la anterior clarividencia demosteniana en el caso Megalópolis (a. 353), pues el orador había aconsejado a su pueblo amparar a los megalopolitas, para impedir la dura hegemonía espartana en el Peloponeso.

Aunque tarde los atenienses reaccionaron, y por este tiempo despacharon diversas embajadas a los pueblos del Peloponeso para captarse sus simpatías, y apartarlos del lado de Filipo. Demóstenes que tomó parte en ellas junto con Hegesipo (en 344 o principios del 43), reproduce en la *Segunda Filípica* el discurso

---

4. Cf. H. BENGTSON, *Griechische Geschichte*, München, 1965, p. 294.

5. La *Segunda Filipica*, n. 22, dice que Filipo ha impuesto en Tesalia una decadarquía, al paso que la *Tercera Filipica*, n. 26, habla de tetrarquías. Sobre el modo posible de conciliar estos dos pasajes cf. la nota aclaratoria, que a este respecto ofrecemos, en el cap. *Discurso a los mesenios*.

6. Cf. *II Filip.*, n. 15; A. PUECH, o. c., pp. 131 y 141-42.

7. Cf. *II Filip.*, n. 27, donde Demóstenes se sirve del expresivo verbo περιστοιχίζω.

Universidad Pontificia de Salamanca

que dirigió a los mesenios [8]. Les puso en guardia contra la insolencia de Filipo, y buscó su alianza ofensiva para combatir al Rey. Pero, como entonces menos que nunca podía renunciar Atenas a su alianza con Esparta, debido a la amenaza macedónica, y era precisamente esta alianza la que irritaba a los peloponesios, los embajadores atenienses tenían la baza perdida de antemano [9]. Los discursos de los representantes de Atenas impresionaron a los mesenios, que llegaron a aplaudirles, sin embargo, no por ello les separaron de la amistad y alianza con Filipo [10]. A las elocuentes palabras de los oradores áticos respondió el Macedonio con la ayuda eficaz del oro y las tropas mercenarias.

El enemigo interior.

Junto con el peligro que venía del exterior, la política de Demóstenes se enfrentaba con los enemigos domésticos. Urgía reducir a la impotencia el partido que Filipo había sabido crearse en Atenas, donde iba en aumento la corriente de admiración y simpatía por el Macedonio. «A Esquines, a Filócrates y a Eubulo, embaucados por la fascinación y el oro de Filipo, se añadían entre otros el gran orador Isócrates y el famoso historiador Teopompo de Quios» [11]. Como ya en 346 [12], también ahora algunos profilipistas esparcían el rumor de que Filipo se aliaría con los focenses —cuya ruina, no obstante, acababa de provocar—, y rompería con Tebas. Toda vez que estas falsas promesas se veían desmentidas con el transcurso del tiempo [13], Demóstenes y sus amigos, entre los que destacaban Hipérides y Hegesipo, se decidieron a dar la batalla a los partidarios del Macedonio. El orador creyó llegado el momento de exigir a sus colegas de la segunda embajada para la Paz que rindiesen las cuentas de su mandato.

---

8. Cf. *Ibidem*, nn. 20-25.
9. Cf. JAEGER, *o. c.*, p. 203.
10. Cf. *II Filip.*, n. 26.
11. A. MANZONI, *La Seconda Filippica*, Milano, 1955, p. 6.
12. Cf. *Sobre la Paz*, n. 10.
13. Cf. *II Filip.*, n. 16.

Universidad Pontificia de Salamanca

Naturalmente Esquines se le opuso, por lo que Demóstenes, en compañía de Timarco, acudió al eutino de la tribu de aquél para acusarle de traición. Pero el orador escogió mal a su compañero acusador. En efecto, Esquines se acordó de la vida licenciosa que durante su juventud había llevado Timarco, y le acusó, a su vez —era a principios del 345—, invocando contra él la ley que prohibía a los escandalosos, que se habían procurado un lucro con su libertinaje, el acceso a la tribuna. Timarco fue condenado, y Demóstenes dejó pasar oportunamente un lapso de tiempo prudencial para que se atenuase el efecto moral de la condena, y pudiera renovar en su nombre la acusación contra Esquines [14], que dio lugar al pleito de la Embajada, en el curso del verano del 343, en el Helieo, cronológicamente posterior a la *Segunda Filípica*. Igualmente posterior, aunque también en muy poco, fue la acusación que contra Filócrates llevó a cabo Hipérides.

Si Esquines pudo detener el golpe de la primera acusación, con todo por aquel entonces (345 o a lo sumo el 44), a instancias del partido antimacedónico, emanaron del seno del Areópago dos decisiones contrarias a sus pretensiones. La primera fue en el caso Antifonte, quien había intentado incendiar el arsenal del Pireo. Absuelto por el tribunal del Helieo, fue acusado de nuevo por Demóstenes y condenado a muerte por el Areópago. Esquines, por haber impugnado la legalidad del procedimiento empleado por Demóstenes, quedó bajo sospecha de complicidad con Antifonte.

Por efecto de la segunda decisión, el Areópago excluyó a Esquines, ya designado por la Asamblea popular, de la misión encaminada a defender la causa de Atenas frente a los habitantes de Delos, que reclamaban la administración de su proprio santuario. Fue sustituido por Hipérides [15].

Demóstenes llevaba, pues, a efecto su programa político de

---

14. Cf. M. CROISET, *Démosthène-Harangues*, Paris, 1955, II, p. 19; A. PUECH, *o. c.*, pp. 133 y s.

15. «En los dos casos el Areópago obró según su competencia normal, puesto que en uno se trataba de tentativa de suicidio, y en el otro de un asunto religioso»: G. MATHIEU, *Démosthène, l'homme et l'oeuvre*, Paris, 1948, p. 82.

Universidad Pontificia de Salamanca

combatir a Filipo tanto en el exterior, impidiendo sus tentativas de penetración en el Peloponeso, como en el interior de Atenas, triunfando de sus amigos y asalariados.

Este ambiente de hostilidad, contrario a los intereses de Macedonia, creado en gran parte gracias a la actividad demosteniana, impulsó a Filipo a presentar sus quejas al pueblo ateniense por verse calumniado, no sólo en Atenas sino también en las demás ciudades griegas, a causa del incumplimiento de sus promesas [16]. Es cierto que Filipo, intencionadamente, no había dado sino vagas seguridades, que no le comprometían a nada; y que habían sido los oradores asalariados «los que —tergiversando los hechos—, habían añadido un comentario preciso por el que los atenienses se habían dejado influir, llevados de su credulidad voluntaria, cómplice de su indolencia» [17]. Sin embargo, los procedimientos turbios, dolo y asechanzas, empleados por Filipo en ocasiones anteriores, así como sus recientes progresos y conquistas, justificaban que los políticos patriotas tomasen toda clase de precauciones y medios de defensa contra lo que consideraban un peligro inminente de agresión.

Ocasión concreta que motivó la Filípica.

En este punto no existe opinión unánime entre los críticos. Por las afirmaciones de Libanio y Dionisio de Halicarnaso [18], y según se desprende del n. 28 de la Filípica, ésta fue motivada por el mensaje que llevó a Atenas una embajada extranjera, y que exigía respuesta. Demóstenes en el párrafo mencionado promete darla, pero en su discurso no se ha conservado.

Según Jaeger [19] se encontraba en el texto de la arenga, pero fue suprimida por el propio orador en vistas a la publicación. De modo semejante Manzoni [20] dice que generalmente se había pen-

16. Cf. LIBANIO, *Hipótesis de la II Filipica*, n. 2.
17. WEIL-DALMEYDA, *Harangues*, Paris, 1912, p. 215.
18. Cf. LIBANIO, *Hipótesis*, n. 1; DIONISIO DE HALICARNASO, *l. c.*
19. Cf. *O. c.*, p. 298, nota 27.
20. Cf. *O. c.*, pp. 7 y 32.

Universidad Pontificia de Salamanca

sado que la transición brusca entre los dos párrafos del n. 28 de la Filípica —el primero en el que promete la respuesta y el otro en el que declara sería justo llamar a cuentas a los oradores, instrumentos de la pérfida política de Filipo—, habría quedado suavizada, en el momento de pronunciarse el discurso, con la lectura pública de la respuesta que formuló Demóstenes. Pero en tal caso aún quedaría por explicar la relación que el resto del discurso pudiera tener con la lectura de la respuesta. De aquí que hayan supuesto algunos que el orador no hizo leer entonces la respuesta, sino que solamente indicó al secretario pusiera a disposición de la asamblea el texto de la misma, que debería leerse al final del discurso. Esta misma es la opinión de Weil, quien aduce el testimonio de Rehdantz y Spengel [21]. G. Mathieu afirma que sería mejor admitir que el orador quiso dejar la decisión para más tarde, convencido de que la dilación era ventajosa para los atenienses [22].

Pero el *problema más debatido e importante* estriba en saber cuál fue la potencia extranjera, a cuyas representantes iba dirigida la respuesta en cuestión, que dio ocasión a la Filípica.

En principio cabe afirmar que los críticos, ya desde la época clásica se bifurcan en dos sentencias opuestas, dentro siempre del ámbito de la verosimilitud y no de la certeza. Los unos piensan en representantes de los pueblos del Peloponeso, los otros en una embajada enviada por Filipo.

Comparte, entre otros, la primera opinión Dionisio de Halicarnaso, quien asegura que la *Segunda Filípica* respondía «a las embajadas procedentes del Peloponeso» [23], los representantes de Argos y Mesenia, que reprochaban a los atenienses su benevolencia y complicidad con los lacedemonios, que esclavizaban al Peloponeso, mientras se oponían a ellos, que combatían por la libertad [24]. Su opinión es compartida por F. Blass [25], e igualmente

---

21. Cf. *O. c.*, p. 235, nota 5.
22. Cf. *O. c.*, p. 85.
23. πρὸς τὰς Ἰλὲκ ελοποννήσου πρεσβείας: *Carta a Ammeo*, I, 10.
24. Cf. LIBANIO, *Hipótesis*, n. 2.
25. Cf. *Die attische Beredsamkeit*, Leipzig, 1893, III, (1), p. 303.

Universidad Pontificia de Salamanca

por A. Schaefer. Este último, si admite, efectivamente, la presencia de los embajadores de Filipo, opina, no obstante, que habían venido para apoyar a los peloponesios y que, por tanto, en la arenga se trataba de responder a las quejas de los segundos [26].

Una posición intermedia o de compromiso adopta el retórico Libanio, cuando afirma que son las *Historias Filípicas* las que nos informan sobre la procedencia de los embajadores y de sus pretensiones: en realidad, según el maestro de Antioquía, se trataba de dos embajadas que llegaron por el mismo tiempo a Atenas, una procedente de Macedonia, por la que Filipo se quejaba ante los atenienses de «que lo calumniaban sin razón en presencia de los demás griegos, alegando que les había hecho muy bellas promesas y que les había engañado» [27]; la otra, venida del Peloponeso, cuyas quejas ya hemos mencionado.

Distinta, y al parecer más objetiva, es la opinión preconizada por la mayoría de los críticos modernos. G. Mathieu, especialista de reconocida autoridad en esta materia, dice sin más: «La respuesta que dar al rey de Macedonia dio a Demóstenes la ocasión de pronunciar la *Segunda Filípica*» [28]. A esta opinión se adhiere tambin Puech, que razona su postura de este modo: «(La Segunda Filípica) no va dirigida contra los peloponesios, sino en cuanto éstos secundan a Filipo» [29], ya que la impresión que se saca de la lectura del discurso es que va dirigido esencialmente contra Filipo y no contra la embajada del Peloponeso. Consiguientemente es por crítica interna como Weil quiere demostrar que en esta ocasión se trataba de responder tan sólo a los enviados de Filipo. En efecto, todo en el discurso tiende a poner en guardia a los atenienses sobre la política y conquistas de Filipo, para convencerles de que éste no se propone otro objetivo que el aisla-

---

26. Cf. *Demosthenes und seine Zeit*, Leipzig, 1885-87, II, pp. 332 y 336.

27. *Hipótesis*, n. 2. No podemos precisar a qué *Historias Filípicas* se refiere Libanio. Si a la obra de Teopompo que llevaba este título, o, de una manera general, a las obras históricas sobre la época de Filipo. Cf. WEIL, *o. c.*, p. 217, nota 4.

28. *O. c.*, p. 83.

29. *O. c.*, p. 147.

Universidad Pontificia de Salamanca

miento y la ruina de Atenas, aun cuando los políticos atenienses, sobornados por el Rey, pretendan negarlo. Por ello, al anunciar Demóstenes la respuesta que va a dar a los embajadores, dice sería justo pedirla a aquellos políticos que indujeron al pueblo a la paz con Filipo, engañándole con falsas promesas de parte de éste. Todo lo cual encuentra una explicación obvia, si suponemos que los embajadores en cuestión eran enviados de Filipo para protestar de la acerba crítica a que éste se veía sometido por los representantes oficiales de Atenas. Por el contrario, nada en el discurso indica la presencia de los embajadores de Argos o Mesenia. El motivo de queja que estos pueblos podían alegar contra Atenas era el abandono en que los dejaba frente a la amenaza de Esparta, extremo este al que Demóstenes ni siquiera alude en su arenga. Menos aún se ve la relación que la política de Esquines y Filócrates, repudiada por Demóstenes, hubiera podido tener con las exigencias de los peloponesios; ni en qué medida podrían ser responsables uno y otro de la situación de éstos [30].

Por ello, J. Petit, en su edición crítica de las arengas demostinas, afirma sin rebozo: «Del discurso mismo se desprende que se trataba de dar una respuesta a alguien, en relación con la política de Atenas respecto de Filipo, y aunque no se dice concretamente a quién, ni a qué se había de contestar... todo permite suponer que era a la embajada del rey de Macedonia, y no como dice Dionisio de Halicarnaso, en el pasaje antes mencionado, a los enviados de Argos y de Mesenia, ni como afirma Libanio en su Argumento (nn. 2 y 3), conjuntamente a éstos y a los enviados de Filipo» [31].

A esta opinión se suma Manzoni, que rechaza igualmente la afirmación de Dionisio sobre una embajada peloponesia; pero quiere encontrar una explicación plausible tanto de esta opinión como de la expresada por Libanio. El que Dionisio se afinque en la embajada peloponesia se comprende, si tenemos en cuenta que la embajada macedónica se debía al mismo hecho que había

30. Cf. *O. c.*, pp. 217 y s.
31. *Demòstenes-Arenges*, Barcelona, 1950, II, p. 20.

Universidad Pontificia de Salamanca

provocado la del Peloponeso, es decir, al viaje que Demóstenes, Hegesipo y otros habían realizado a Mesenia y Argos para descubrir a estos pueblos la falsedad de Filipo y apartarlos de su alianza. Así pues, la embajada de Macedonia en tanto tenía razón de ser, en cuanto las relaciones entre Atenas y los peloponesios, a causa de la reciente propaganda de los representantes atenienses, se desarrollaban para daño de Filipo. Como por otra parte era natural que los mesenios y argivos diesen una respuesta a los atenienses que les invitaban a una coalición contra el Macedonio, es posible que, según afirma Libanio, se encontrasen simultáneamente en Atenas ambas embajadas, la del Peloponeso y la de Macedonia; o en todo caso que fuera muy breve el lapso de tiempo que medió entre una y otra [32].

No faltan quienes como Jaeger aseguran que no es posible conocer las circunstancias concretas en que fue pronunciado el discurso. «Hay una situación determinada —nos dice—, que está obligando a los atenienses a tomar medidas, y... puede relacionarse de algún modo con la amenaza de una intervención de Filipo en el Peloponeso» [33]. Pero se ignora cuál era la embajada que debía recibir la respuesta ateniense, a que alude el n. 28 de la Filípica [34]. El problema, según él, ha originado hipótesis muy contradictorias, y así no se atreve a pronunciarse por ninguna de las embajadas, ya que «no podemos determinar si la franqueza con que Demóstenes se expresa con relación a la insidia de Filipo y a la estupidez de los peloponesios presuponía o no su ausencia» [35]. Ello depende a su vez de las reglas y costumbres de la asamblea ática, «para saber lo que podía decirse abiertamente contra los enviados extranjeros en presencia de ellos», procedimiento que no conocemos suficientemente.

A nuestro juicio la opinión más convincente, basada sobre

---

32. Cf. *O. c.*, p. 8.

33. *O. c.*, p. 205.

34. Sabemos que por este tiempo se encontraba en Atenas una embajada persa para pedir la neutralidad, o quizá la ayuda de los atenienses, contra la revuelta del rey egipcio Nectanebo II: cf. G. MATHIEU, *o. c.*, p. 83; U. WILCKEN, *o. c.*, p. 266.

35. JAEGER, *o. c.*, p. 299, nota 29.

Universidad Pontificia de Salamanca

todo en la crítica interna, es la que señala como procedente de Macedonia a la embajada que exigía una respuesta de los atenienses. Sin embargo, la objeción fundamental que se trasluce de las palabras de Jaeger: ¿Cómo pudo Demóstenes hablar tan dura y abiertamente contra Filipo en presencia de sus emisarios?, quedaría sin resolver si no nos fuera permitido impugnar el supuesto en que se apoya la dificultad, negando la presencia de los embajadores de Macedonia, no en Atenas, sino en la sesión de la asamblea en la que Demóstenes pronunció su arenga.

En efecto, el primer párrafo del n. 28 distingue entre las medidas prácticas que hay que tomar y la respuesta que se debe dar a la embajada. Las primeras las decidirán los atenienses καθ' ὑμᾶς αὐτούς («entre vosotros mismos», mejor «de conformidad con vosotros mismos, sin atender más que a vuestros intereses»); la respuesta que tiene que dar, siempre en el supuesto que la asamblea popular la ratifique con su voto, es la que el orador les va a aconsejar, pero no afecta tan sólo a Atenas, sino que concierne por igual a la potencia demandante. Por ello creemos con Croiset [36], que la opinión general que ha deducido de la oposición entre estas dos frases del párrafo la presencia de los embajadores a la sesión, no está en lo cierto. De las palabras del orador tan sólo puede concluirse, en buena lógica, que las medidas concretas a tomar conciernen a solos los atenienses, al paso la respuesta tanto a Atenas como a Macedonia. Pero hay más todavía. En el caso de hallarse presentes los embajadores, el discurso debiera haber tomado un cariz más concreto y directo para responder formalmente a las quejas y acusaciones de éstos. Cosa que no ocurre. Por el contrario, la arenga reviste un carácter general de exhortación a la política eficaz contra Filipo y sus cómplices.

Si el texto de la respuesta que Demóstenes aconsejó no se ha conservado, con todo cabe deducir con toda verosimilitud su contenido, teniendo en cuenta la orientación que el estadista imprime a su discurso. Afirmaría «el derecho de Atenas a servir de

36. Cf. *O. c.*, p. 21.

Universidad Pontificia de Salamanca

árbitro entre los pueblos del Peloponeso, y a oponerse, incluso por la fuerza, a toda ingerencia extranjera» [37].

VALORACION DEL CONTENIDO DE LA FILIPICA

Precisa la acción eficaz.

Tema habitual en las Filípicas, consideradas como tales las Olintíacas, es una apremiante exhortación a la acción positiva y eficaz para enfrentarse con Filipo y contrarrestar sus triunfos. Demóstenes no cesa de pedir a los atenienses que, sin contar con los vecinos, actúen por sí mismos y se impongan sacrificios personales.

Así no podía faltar tampoco en la *Segunda Filípica* esta parte parenética, que encontramos al principio de la arenga. Según el orador, los discursos pronunciados contra Filipo son hermosos, recrean los oídos enumerando todas sus injusticias, pero no se realiza nada de lo conveniente [38]. Así acontece que cuando mayores son los agravios y violaciones cometidos por el Rey, tanto más difícil resulta al orador dar un buen consejo [39], por temor

---

37. CROISET, *o. c.*, p. 24.

38. La frase οὐδὲν ..τῶν δεόντων del n. 1 de la Filípica se repite en las arengas demostenianas, cf. v. gr. el n. 2 de la *I Filip.* y el n. 5 de la *III Filip.* Es decir, que Filipo no ha resultado tan poderoso por su propia fuerza, cuanto por la incuria de los atenienses en cumplir su deber: cf. n. 11 de la *I Filip.* «En realidad, Filipo no ha vencido a la ciudad, sino a vuestra pereza y negligencia; vosotros no habéis sido superados por Filipo, pero ni siquiera os habéis movido» (*III Filip.*, n. 5).

39. A este respecto cf. los nn. 22 y 23 del discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso*, donde en expresivas frases dice el orador: «...de palabra elogiamos a los que pronuncian discursos dignos de la ciudad, pero de obra somos aliados de quienes se les oponen. Vosotros, cada vez que un orador sube a la tribuna, soléis preguntar: «Luego, ¿qué debemos hacer?»; pero yo os quiero preguntar: «Luego, ¿qué es lo que debo decir?». Porque si vosotros... no estáis dispuestos a realizar lo que os concierne, no tengo nada que decir». Así puede comentar Manzoni, *o. c.*, p. 17: «Era bien triste la condición de los oradores políticos atenienses, cuando miraban por el solo interés del Estado. No podían menos de criticar la apatía e indiferencia general, combatir tantas ilusiones, denunciar las intrigas y la falsedad de muchos poderosos, y

Universidad Pontificia de Salamanca

a incurrir en la odiosidad de los oyentes, si propone el plan concreto de acción que urge adoptar. A causa de tal disposición, lógicamente resulta que Filipo triunfa en las obras y Atenas en los discursos [40]. Y si fuera suficiente imponerse con razones, el orador nada tendría que objetar, pues para estos lances Atenas está mejor preparada que su adversario; pero si, por el contrario, hay que impedir los progresos reales de Filipo, se imponen las resoluciones prácticas; no seguir lo agradable y fácil, sino lo útil y saludable [41].

El enemigo de Atenas.

Tras esta exhortación introductoria, Demóstenes se adentra en el tema de su arenga. Como nos dirá Puech [42], la *Segunda Filipica* es digna de este nombre y va dirigida enteramente contra Filipo y sus secuaces. La tesis que desarrolla puede resumirse así: Filipo es el gran enemigo de Atenas, cada vez más poderoso, que mediante la astucia y la traición, trama su ruina. Su gloriosa tradición impone a los atenienses la obligación de combatirle, para salvaguardar su libertad y la de toda Grecia.

Demóstenes argumenta por los acontecimientos que siguieron a la conclusión del tratado de paz, hostiles para Atenas y que suscitaron su indignación. El orador, intuyendo un funesto desenlace, al observar el cariz que tomaba la situación, había ya

---

¿cuál era el resultado? Excitar el hastío de muchos, provocar denuncias y crearse enemigos».

40. Cf. *II Olintiaca*, n. 12: «...que nuestros embajadores no aporten solamente palabras, sino que puedan mostrar obras... Porque las palabras, cuando los actos faltan, hacen el efecto de un ruido vano, sobre todo procedentes de nuestra ciudad; ya que, cuanto más conocen nuestra facilidad en servirnos de ellas, tanto más desconfían de nosotros».

41. Cf. *III Olint.*, n. 18: «...Formular votos, atenienses, es cosa fácil; en pocas palabras se pueden amontonar cuantos se desea. Pero escoger, cuando ha llegado el momento de tomar partido, ya no resulta igualmente expedito; hay que adoptar entonces la mejor solución, y no la más agradable, cuando no se pueden conciliar ambas cosas».

42. Cf. *O. c.*, p. 147.

Universidad Pontificia de Salamanca

de antemano alertado a su pueblo, para no tener de qué lamentarse. En efecto, las promesas con que los políticos asalariados de Filipo habían cautivado a los atenienses, no se cumplieron: ni la restauración de Tespias y Platea, ni la salvación de los focenses acompañada del castigo de los tebanos, ni la entrega en manos de Atenas de Oropo y Eubea a cambio de Anfípolis, ni la construcción de un canal a través del Quersoneso para defender a los colonos atenienses de las invasiones tracias [43]. En suma, los atenienses no recibieron compensación alguna; por el contrario, Filipo puso a disposición de Tebas las ciudades beocias de Orcómenos, Coronea y Corsias [44], franqueó las Termópilas, y una vez derrotados los focenses, decretó su desarme completo y la destrucción de sus ciudades [45]. Por lo cual Atenas —que poco antes fascinada por las halagadoras promesas había extendido la alianza pactada con Filipo a sus descendientes [46]—, reaccionó indignada ante estos hechos, que consideraba sumamente hostiles a sus intereses, y en represalia no sólo dio asilo en el Atica a los fugitivos focenses, sino que se dispuso a protestar contra el decreto de la Anfictionía Délfica, que había reconocido a Filipo como miembro del Consejo [47].

Es cierto que los halagos y promesas con que Atenas fue engañada no habían sido expresamente manifestados por Filipo, que sólo había formulado vagas esperanzas, sino por Esquines y Filócrates, que pretendían revelar las secretas intenciones del Rey [48]; pero Demóstenes reconocía en ellos los instrumentos dóciles al servicio de la política macedónica, que urdía la traición y la ruina de su patria.

---

43. Cf. *Sobre la paz*, n. 10; *II Filip.* n. 30. La construcción del canal, a expensas de Filipo, hubiera transformado en isla la península quersonesíaca, en su mayor parte en poder de los atenienses, y la hubiera hecho de más fácil defensa. El lugar de su emplazamiento queda indicado en el discurso *Sobre el Haloneso*, n. 39.

44. Cf. *II Filip.*, n. 13; *Sobre la falsa embajada*, n. 141.

45. Cf. *Sobre la falsa embajada*, nn. 57-66; *Sobre la Corona*, nn. 32-37.

46. Cf. *II Filip.*, n. 31; *Sobre la falsa embajada*, nn. 48, 54-56.

47. Cf. *Sobre la falsa embajada*, nn. 125, 111-114, 132; *Sobre la paz*, n. 18.

48. Cf. *Sobre la falsa embajada*, nn. 20-22.

Universidad Pontificia de Salamanca

Relaciones de Filipo con tebanos y peloponesios.

Para corroborar su tesis, Demóstenes presenta las buenas relaciones existentes entre Filipo y estos pueblos, encaminadas al aislamiento de Atenas, la sola potencia griega capaz de hacerle frente.

Filipo, según el orador, se apoya en estos pueblos porque, dada su torpeza de juicio y falta de previsión, sabe que mediante ciertas ventajas inmediatas que les procure, le dejarán las manos libres e incluso formarán con él un frente común. En efecto, por la historia de Grecia conoce el Macedonio que, contrariamente a los atenienses, invictos defensores de la helenidad, los tebanos combatieron en las filas de los medos y los persas [49], y los argivos, llevados de su enemistad por Esparta, nada hicieron por detener el avance de aquellos [50]. Por ello está seguro que unos y otros buscarán su interés particular, sin atender a los intereses comunes de los griegos [51]. Faltos de clarividencia política, podrá manejarlos a su antojo y sacrificarlos cuando le convenga, pues tal ha sido el falaz comportamiento observado anteriormente con otros pueblos, v. gr., Olinto y Tesalia, a que alude Demóstenes en este discurso, y de los que luego nos ocuparemos.

Para evidenciar que la amistad, más o menos sincera, entablada entre Filipo y los tebanos a raíz de la tercera guerra sagrada, era positivamente querida y alentada por el Rey, Demóstenes pone en boca de un supuesto interlocutor dos objeciones fundamentales, cuya solución viene a confirmar la certera visión política del orador: Filipo quiere la alianza con los tebanos, porque le es útil por el momento para realizar sus ambiciosos planes de imperialismo.

Dice la primera dificultad que Filipo ha prestado su apoyo a los tebanos, no llevado del egoísmo, sino porque consideraba la causa de Tebas más justa que la de Atenas [52]. Demóstenes es ta-

---

49. Cf. HERODOTO, IX, 40 y 67, quien nos habla del ardor de los tebanos en combatir a los griegos, con ocasión de la batalla de Platea.

50. Cf. *Ibidem*, VII, 148-152.

51. Cf. *II Filip.*, n. 12.

52. Cf. *Ibidem*, n. 13.

Universidad Pontificia de Salamanca

jante en la respuesta: niega el supuesto en que se apoya la objeción, a saber, que a Filipo le ampare el más mínimo sentido de la justicia. Y lo demuestra por la contradicción en que incurre el Macedonio al defender la independencia de Mesenia frente a Esparta, al paso que sacrifica la de Orcómeno y Coronea ante las exigencias de Tebas; ya que a Esparta, al reivindicar para sí Mesenia, asistía el mismo derecho que el que Tebas reclamaba sobre las ciudades de Beocia. Es decir, que Filipo promovía en el Peloponeso la descentralización, y en cambio la centralización en Beocia [53].

La segunda dificultad puede enunciarse en estos términos: Filipo no de buen grado, sino obligado por la potencia militar de sus aliados, la caballería tesalia y la infantería tebana, tuvo que hacer muchas concesiones [54]. Así lo quisieron disculpar sus partidarios, porque, si bien no hay confirmación histórica del hecho aducido, era natural suponer que el mayor peligro para Filipo, en las primeras invasiones de Grecia, estaba representado por estos dos pueblos [55]. En realidad, así lo asegura el tenaz interlocutor, más profilipista que ingenuo, Filipo desconfía de los tebanos y tiene la intención de fortificar Elatea —sin duda para controlar los movimientos de Tebas— [56]. Demóstenes, a los que así discurren, los desprecia, porque en el mejor de los casos no comprenden el verdadero estilo que Filipo imprime a su política [57]. Quizá guarde el Rey estas intenciones para el futuro, pero en el presente nada hace contra los tebanos; en cambio es un

53. Cf. WEIL, *o. c.*, pp. 225 y s., nota 16.

54. Cf. *II Filip.*, n. 14.

55. Cf. MANZONI, *o. c.*, p. 24.

56. Elatea, ciudad de la Fócida, al sur del monte Calidromo, en el lugar donde el camino de Tebas a las Termópilas deja la llanura del Cefiso para entrar en las montañas, constituía un importante nudo de comunicaciones, tanto con la Beocia como con la Lócrida y las regiones septentrionales. A Filipo le interesaba convertirla en plaza fuerte para tomar seguridades contra los tebanos. Su fortificación hubiera favorecido notablemente a los focenses en la tercera guerra sagrada. Cf. WEIL, *o. c.*, p. 226, nota 7; MANZONI, *o. c.*, pp. 24 y s.

57. En el discurso *Sobre la paz*, n. 22, dice a los tales «que lo pasen bien» (ἐῤῥῶσθαι), y en la *I Filip.*, n. 49 les califica de «muy insensatos» (ἀνοητότατοι).

Universidad Pontificia de Salamanca

hecho la ayuda que presta en el Peloponeso, enviando mercenarios y dinero para proteger a mesenios y argivos y debilitar a Esparta, enemiga de Tebas. Incluso es separado allí, cual otro Epaminondas, al frente de un poderoso ejército. De todo lo cual se deduce que cuanto Filipo hizo antes, lo hizo voluntaria y premeditadamente [58].

El rey de Macedonia ha dado pruebas de gran perspicacia política, pues como en el caso de Tebas con respecto a la Fócida y las ciudades beocias, ha sabido también explotar el odio ancestral de los peloponesios contra Esparta [59] en beneficio propio y con evidente peligro para Atenas.

Demóstenes, mucho tiempo antes, había advertido el grave riesgo que para Atenas suponía tanto su enemistad con Tebas como su alianza con Esparta, que la indisponía con los pueblos del Peloponeso. Ya en el discurso *en favor de Megalópolis*, cuando el orador quiso aprovechar la oportunidad de una alianza con Arcadia, manifestó por igual que había contado ya friamente con la posibilidad de una ulterior reconciliación con Tebas [60]; y así la política en él propugnada es calificada por G. Mathieu como favorable a los tebanos [61]. Este mismo punto de vista fue defendido, aunque veladamente, por Demóstenes en su discurso *Sobre la Paz* [62]. Por ello, al constatar ahora en la *Segunda Filípica* las excelentes relaciones que existen entre estos pueblos y Filipo, por no haber visto claro el pueblo de Atenas, sus premisas políticas no han cambiado. Si desacredita y desprecia a tebanos y peloponesios por su egoísmo e imprevisión, no menos desea atraerles hacia la amistad con Atenas. Lo cual se confirma por la alusión que hace a su reciente embajada al Peloponeso, y el resumen que nos brinda del discurso que pronunció en esta ocasión [63].

Los esfuerzos de Demóstenes con respecto a Tebas, pocos años

---

58. Cf. *II Filip.*, nn. 15 y s.
59. Cf. HERODOTO, V, 49.
60. Cf. JAEGER, *o. c.*, p. 276, nota 39.
61. Cf. *O. c.*, p. 38.
62. Cf. I. ROCA, *o. c.*, p. 24.
63. Cf. *II Filip.*, n. 19.

Universidad Pontificia de Salamanca

después, se vieron coronados por el éxito. Sabemos, en efecto, que en el momento de la lucha suprema contra Filipo, ante la ambición demasiado visible del Rey y el peligro inmediato que suponía la conquista y fortificación de Elatea (septiembre-octubre del 339), Tebas pactó la alianza con Atenas y se apartó definitivamente del lado de Filipo. A Demóstenes le cupo el mérito de haber llevado a buen fin las negociaciones con los tebanos, tras haber hecho prevalecer sus razones sobre las que Macedonia esgrimiera para conservar la amistad [64].

Pero al estadista ateniense no acompañó la misma suerte en sus intentos de separar del área de atracción macedónica a los pueblos del Peloponeso, que permanecieron fieles hasta el fin a la causa de Filipo [65]. Celosos de su independencia frente a Esparta, tuvieron que buscar en Macedonia el apoyo que Atenas no les podía proporcionar. Pero su independencia al amparo de Filipo, pese a los elogios que le dedica Polibio [66], no consistió sino en verse libres los peloponesios de guarniciones macedónicas dentro del recinto de sus ciudades, teniendo que someterse por lo demás a la voluntad de su protector. Por ello Demóstenes, que hubiera deseado para ellos una suerte mejor, la de permanecer verdaderamente libres y señores de sus destinos, se lamenta de que no acertaran a superar el concepto estrecho de πόλις con el otro más amplio de comunidad helénica [67].

El discurso a los mesenios.

Fiel a la orientación que había dado a su programa político de combatir a Filipo en todos los frentes, y convencido de la importancia que para el logro de su objetivo tenían los pueblos del Peloponeso, Demóstenes, en la embajada arriba mencionada,

---

64. Cf. *Sobre la Corona*, nn. 211-218; P. CLOCHE, *Thèbes de Béotie, dès origines à la conquête romaine*, Paris, 1952, pp. 194-195.

65. Cf. *Sobre la Corona*, n. 295.

66. Cf. XVIII, 14.

67. Cf. PUECH, *o. c.*, pp. 144-147; P. TREVES, *L'Orazione per la Corona*, Milano, 1962, p. 236.

Universidad Pontificia de Salamanca

intentó captarse sus simpatías, descubriéndoles el peligro que para su seguridad entrañaba la alianza con Macedonia. El razonamiento entonces expuesto queda resumido en los nn. 20-25 de esta Filípica. El orador recuerda a los mesenios dos ejemplos bien recientes y aleccionadores de pueblos griegos víctimas de la ambición de Filipo, el caso de Olinto y de Tesalia, respectivamente.

La desgraciada suerte que acompañó a los olintios, primeramente aliados del Rey de Macedonia, era particularmente eficaz para dejar fuertemente impresionados a los mesenios. Este ejemplo lo repite en las Filípicas posteriores. Aquí, en la *Segunda Filipica,* habla Demóstenes del modo como Filipo supo cautivar en su favor los ánimos de los olintios, al entregarles Antimonte y Potidea [68]; pero luego, abusando de su credulidad, les impuso terrible castigo [69]. La causa fue que los olintios se fiaron de los políticos aduladores al servicio de Filipo [70], y así fueron sorprendidos por el ejército macedónico [71], e incluso traicionados por Eutícrates y Lástenes, los jefes de su propia caballería [72].

Elocuente, aunque en menor medida, era el caso de Tesalia. Filipo se introdujo en el país con ocasión de la tercera guerra sagrada, para ayudar a la nobleza tesalia a combatir a los tiranos de Feras, que estaban de parte de la Fócida. Hubo de enfrentarse con el prestigioso caudillo focense Onomarco, y tras unos primeros encuentros infructuosos, logró derrotarlo junto al golfo de Pagaso (353). Derribó la tiranía y fue aclamado como libertador y general en jefe de la Confederación tesalia [73]. Pero lejos de poner Magnesia a la libre disposición de los tesalios, según había prometido [74], puso allí guarniciones macedónicas [75]. No obstante,

---

68. Cf. n. 20.
69. Cf. n. 21; *III Filip.*, n. 26.
70. Cf. *III Filip.*, n. 63.
71. Cf. *Sobre el Quersoneso,* n. 59; *III Filip.*, n. 11.
72. Cf. *Sobre el Quersoneso,* n. 40; *III Filip.*, n. 56.
73. Cf. DIODORO SICULO, XVI, 35; *I Olint.*, nn. 12 y s.; JAEGER, *o. c.*, p. 144.
74. Cf. *II Olint.*, nn. 7 y 14.
75. Cf. WILCKEN, *o. c.*, p. 289.

Universidad Pontificia de Salamanca

como afirma Demóstenes en la *Primera Olintiaca* [76], los tesalios, de acuerdo con su carácter tradicionalmente propicio a la infidelidad, han resultado aliados poco dignos de confianza. Han decidido exigirle la devolución de Pagaso, le han impedido la fortificación de Magnesia y tampoco están dispuestos, según las noticias recibidas, a cederle las rentas de sus puertos y mercados. Por ello Demóstenes, aprovechando las dificultades que Filipo encuentra, propone enviar sin demora embajadores a Tesalia, para indisponerla más aún con el Macedonio [77]. Con todo y pese a las diferencias que les separan de Filipo, los tesalios, restablecidos por él en su puesto de la Anfictionía, han colaborado al éxito de su campaña [78]; y Filipo, ya dueño de la situación, ha confiscado las rentas de sus puestos comerciales, y les ha impuesto un régimen oligárquico con gobernantes adictos a su persona [79].

---

76. Cf. n. 22.

77. Cf. *II Olint.*, n. 11.

78. Cf. *Sobre la paz*, nn. 23 y 20.

79. Cf. *II Filip.*, n. 22. Ofrece su dificultad conciliar el establecimiento de la decadarquía en Tesalia, a que alude este párrafo, con el de las tetrarquías en cada una de las cuatro regiones naturales en que estaba dividido el país, y a que se refiere la *III Filip.*, n. 26. Harpocración en su *Léxico de los Diez Oradores*, s. v. δεκαδαρχία y τετραρχία dice que Teopompo solamente atestigua la existencia de tetrarquías en Tesalia; por donde concluye Weil, *o. c.*, p. 22, nota 8, que Demóstenes se ha servido, en este pasaje de la *II Filipica*, de un término impropio para designar un régimen oligárquico, análogo a las decadarquías impuestas por Esparta en otras ciudades. Manzoni, *o. c.*, p. 29, en un intento de concordia, supone que cada tetrarquía era gobernada por un consejo de diez varones. Más probable y sólida nos parece la solución que apuntan tanto Schaefer, *o. c.*, II, p. 403, como Pauly-Wissowa, RE, 4 (2), 2412 y s., δεκαδαρχίαι 2: la decadarquía representaba un gobierno oligárquico por el que *cada ciudad* era regida por un consejo de diez magistrados; la decadarquía, por tanto, fue establecida en todas las ciudades, y en consecuencia hay que interpretar en sentido colectivo el singular δεκαδαρχίαν Esta opinión queda confirmada por el lugar paralelo de la *III Filip.*, n. 26, donde se nos dice que Filipo estableció las tetrarquías en Tesalia con la intención de esclavizar no sólo ciudades aisladas —que ya lo eran por las decadarquías—, sino regiones enteras. Menos admisible, a juicio de Weil, *l. c.*, resulta el parecer de Voemel, según el cual la decadarquía se refería al go-

Universidad Pontificia de Salamanca

Que la causa de la libertad tesalia, a partir de este momento, quedó irremisiblemente perdida, se confirma por las afirmaciones que hace Demóstenes en su discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso* [80] y en la *Tercera Filípica* [81].

Con los dos ejemplos de Olinto y Tesalia, el orador quiso predisponer a sus oyentes, los mesenios, para el logro de su objetivo: suscitar en su ánimo los sentimientos de aversión y desconfianza con respecto a Filipo, para unirlos con Atenas y salvaguardar así su libertad, la cual no podrían mantener a las órdenes de un tirano que, en razón de su mismo título, es enemigo de las leyes y de la libertad [82].

Atenas la verdadera antagonista de Filipo.

El rey de Macedonia no sólo se había demostrado enemigo de Atenas al dejar incumplidas las vagas promesas que, previamente a la paz de Filócrates, había hecho propalar, ni por los acontecimientos que siguieron a la Paz, adversos para los atenienses; sino porque, a juicio del orador, todos sus actos iban encaminados a la ruina de su patria [83]. No vale disculpar a Filipo: todo el daño que ha ocasionado a los focenses, aliados de Atenas, ha sido plenamente intencionado; y los favores dispensados a tebanos y peloponesios tienen como finalidad aislar a los atenienses. Filipo quiere manter bajo su influjo a los vecinos de Atenas para tomar posiciones contra ella [84]. En efecto, «se han reanudado sus preparativos financieros y militares: ha aumentado la pequeña flota macedonia —aunque en este terreno no podía todavía com-

---

bierno de Tesalia en su totalidad, ya que Filipo tendía a dividir y no a centralizar.

80. Cf. n. 62, donde dice que les ha reducido a servidumbre: ὑπῆγάγετ' εἰς τὴν νῦν παροῦσαν δουλείαν.

81. Cf. n. 33, que presenta a Filipo indicando en sus cartas a los tesalios la política que deben seguir: γράφει δὲ Θετταλοῖς ὃν χρῆ τρόπον πολιτεύεσθαι.

82. Cf. *II Filip.*, n. 25; asimismo los nn. 21 y 24, que ponen de relieve el peligro que para las democracias entraña el tirano.

83. Cf. *II Filip.*, nn. 16 y 18.

84. Cf. *Ibidem*, n. 27.

Universidad Pontificia de Salamanca

petir con Atenas, y sólo gracias al engaño pudo obtener una victoria naval y llegar hasta el Atica—, las fortificaciones en las Termópilas han sido reforzadas y ha mandado tropas al Peloponeso, para estar seguro de la preponderancia de los estados aliados con él» [85]. En suma, el Macedonio va cautizando los ánimos de cuantos están indispuestos con Atenas, o le son positivamente hostiles, para asestar a ésta el golpe mortal: «para el que sea clarividente todo demuestra que su política entera es un complot contra nuestra República» [86]. Por eso teme Demóstenes que el desenlace esté ya demasiado cerca, por lo que se impone deliberar no ya sobre los derechos de Atenas, ni sobre la situación exterior, «sino sobre la defensa de nuestro propio país y sobre una amenaza de guerra contra el Atica» [87].

¿Estaba Demóstenes en lo cierto al enjuiciar así las intenciones de Filipo, en relación con los últimos acontecimientos? Creemos que no sólo las últimas conquistas del Macedonio, a partir de la Paz, sino también la insolencia y ambición de que iba dando pruebas atestiguan en pro de la clarividencia demosteniana. Naturalmente sus enemigos políticos creían que exageraba no poco, y que era él y sus partidarios los que provocaban la guerra; pensaban que no había más remedio que conformarse con la situación adquirida: una falsa alianza entre iguales que implicaría necesariamente verdadera subordinación a Filipo. Pero Demóstenes tenía un ideal mucho más elevado que los pacifistas a ultranza y los asalariados: pensaba que todo Estado debía tener la suficiente fuerza de voluntad para defender sus derechos y mantener la independencia y personalidad nacionales. Este ideal lo preconizaba para todos los griegos y aspiraba a que fuese compartido por todos ellos.

Atenas debía salvaguardar sus prerrogativas, sus libertades democráticas; permanecer fiel a su tradición, a su sentido de la justicia. Y en estas condiciones Filipo no podía por menos de ser hostil a un pueblo que se oponía a su ὕβρις, a sus maneras

85. JAEGER, *o. c.*, p. 209.
86. *II Filip.*, n. 16.
87. *Ibidem*, n. 35.

Universidad Pontificia de Salamanca

absolutistas. Filipo «quiere dominar y os ha juzgado a vosotros *sus únicos antagonistas*; hace ya mucho tiempo que os trata injustamente y tiene plena conciencia de ello...» [88]. «Sabe, pues, estas dos cosas: que trama vuestra perdición y que vosotros os dais cuenta —a diferencia de los tebanos y los peloponesios que evidencian su estupidez—. Y como os tiene por gente sensata, piensa que tenéis motivos para odiarle y está irritado, porque espera ser castigado, si encontráis la oportunidad de actuar, a no ser que él tome la delantera. Por ello está atento y vigilante, y en contra de nuestra patria favorece a algunos tebanos, y a los peloponesios que tienen sus mismos sentimientos» [89]. En realidad Filipo no puede entenderse con Atenas, a la que distinguen, tal como la historia lo confirma, un gran sentido de la justicia y de la lealtad en la defensa de los intereses de Grecia [90], virtudes de las que Filipo se encuentra desprovisto en razón de su propio egoismo y ambición. Así ha buscado amigos dóciles en secundar sus turbias pretensiones, ya que «pensaba que, si os escogía a vosotros (los atenienses), os tendría como amigos para

---

88. *Ib.*, n. 17.

89. *Ib.*, n. 18.

90. Cf. *Ib.*, nn. 8 y 10. De particular relieve es el n. 11 de la Filípica, en el que Demóstenes nos recuerda un ejemplo aleccionador de la historia, que patentiza el desinterés y entrega de su pueblo por la causa de la helenidad. El rey de Macedonia, Alejandro, en calidad de heraldo, trasmitió a los atenienses el mensaje del general persa Mardonio, quien en nombre del rey Jerjes prometía otorgarles el dominio de Grecia, a condición de que pactasen alianza con los medos. Atenas rechazó la propuesta, asegurando que jamás, mientras el sol siguiera su curso, concluirían un acuerdo con ellos: ἔστ' ἂν ὁ ἥλιος τὴν αὐτὴν ὁδὸν ἴῃ τῇ περ καὶ νῦν ἔρχεται, μήκοτε ὁμολογήσειν ἡμέας Ξέρξῃ.. Además conminó a Alejandro para que nunca en lo sucesivo presentara tales proposiciones (Cf. HERODOTO, VIII, 143). A los mensajeros espartanos, que acudieron a Atenas para apartarla de tal alianza, la respuesta fue: «El miedo que experimentan los espartanos de que nos entendamos con el bárbaro es un sentimiento muy humano. Pero parece vergonzoso que vosotros, puesto que conocéis bien la manera de pensar de los atenienses, hayáis albergado este temor; porque no existe tanto oro en ningún lugar de la tierra, ni territorio que aventaje tanto a los demás por su belleza y fertilidad, que nosotros aceptaríamos, a condición de querernos unir con el Medo para esclavizar a Grecia» (*Ibidem*, 144).

Universidad Pontificia de Salamanca

las causas justas, en cambio, si se unía a aquéllos (tebanos y peloponesios), los haría cómplices de su propia ambición» [91]. Pero al adoptar esta actitud, el rey de Macedonia, sin proponérselo, ha tejido el más bello elogio de Atenas [92].

Arenga de alcance panhelénico.

No era Demóstenes quien había descubierto para Atenas la grandeza del ideal panhelénico, mucho antes había tenido su pueblo conciencia de este ideal, y había actuado en conformidad con él. Refiriéndonos al pasaje herodoteo antes mencionado, cuando una embajada lacedemonia se presenta a Atenas, expresando el temor de Esparta de que los atenienses presten oídos a las proposiciones del rey de Macedonia, y con el propósito de apartarlos de la alianza con Persia, les recuerda que ellos se han manifestado siempre los mayores defensores de la independencia y libertad ajena [93]. Por su parte los atenienses, en su respuesta a los emisarios espartanos, aseguran que no sólo les ha impedido pactar con el bárbaro su deseo de castigarle por todos los males que les ha ocasionado, ha sido también su propia condición de griegos, por la que no podían traicionar el patrimonio helénico común de sangre, lengua, religión y costumbres [94].

Con razón, pues, en la *Segunda Filípica* se refiere Demóstenes al sentimiento panhelénico que ha distinguido a su patria, y a los sacrificios que por su causa se ha impuesto y está todavía dispuesta a realizar: «(Filipo) se ha dado perfecta cuenta que a nuestra ciudad y a un carácter como el vuestro no podía prometer ni conceder nada que os indujese a entregarle por una ventaja particular a ninguno de los otros pueblos griegos» [95]. «Filipo os ha juzgado... como a los únicos entre todos que por

91. *II Filip.*, n. 12.

92. Cf. *Ibidem*, n. 9.

93. Cf. HERODOTO, VIII, 142.

94. αὖτις δὲ τὸ Ἑλληνικόν, ἐὸν ὅμαιμόν τε καὶ ὁμόγλωσσον, καὶ θεῶν ἱδρύματά τε κοινὰ καὶ θυσίαι ἤθεά τε ὁμότροπα, τῶν προδότας γενέσθαι Ἀθηναίους οὐκ ἂν εὖ ἔχοι (*l. c.*, 144).

95. *II Filip.*, n. 8.

Universidad Pontificia de Salamanca

ventaja ninguna sacrificarían los derechos comunes de Grecia, ni cambiarían por ningún favor, ni por interés alguno la lealtad para con los griegos» [96]. Ese era el timbre de gloria de Atenas, que le otorgaba un puesto preeminente en Grecia. Esta era su grandeza, «que contrastaba de manera tan flagrante con el egoísmo y mediocridad que caracterizaba la conducta de otras ciudades, y que las impulsaba a pactar con el enemigo del helenismo» [97]. Por ello buscaba Filipo la amistad de estos pueblos a los que en razón de su imprevisión y particularismo podría persuadir, pues sólo a condición de que sus designios fueran justos entablaría sincera amistad con Atenas. Pero nada más injusto que la política del Macedonio, que amenazaba la libertad de todos los griegos; por donde resultaba imposible la inteligencia entre Filipo y Atenas, para la cual se confundían la causa de la justicia y de la libertad griega, sin que fuera posible otra elección [98].

Luccioni amplía todavía más el significado panhelénico de la Filípica, cuando interpreta bajo este aspecto el discurso que Demóstenes dirigió a los mesenios, y que resume en la presente arenga. La advertencia que el orador hace a ellos nominalmente, es valedera para todos los pueblos griegos que se dejan engañar por Filipo y no aprenden las lecciones de la historia contemporánea, lecciones que debieran inducirles a la desconfianza para con el tirano y estimularles a la unión, superadas las diferencias, para la defensa de la civilización e independencia helénicas. Así sabía Demóstenes sacar partido del amor de los griegos hacia la democracia y su aversión por la tiranía, y les hacía ver de este modo la oposición irreductible que existía entre los principios políticos que profesaban los griegos, y los que representaba Filipo [99].

---

96. *Ibidem*, n. 10.

97. LUCCIONI, *Démosthène et le panhellénisme*, Paris, 1961, p. 84.

98. Cf. I. ROCA, *Política panhelénica en Demóstenes*, «Helmántica», XVI (1965), pp. 46 y s.

99. Cf. LUCCIONI, *o. c.*, pp. 99 y s.

Universidad Pontificia de Salamanca

Invectiva contra los traidores.

Se contiene en la última parte del discurso [100], a partir del momento en que Demóstenes promete a la Asamblea la respuesta que debe darse a la embajada, y añade de modo sorprendente que sería justo llamar a cuentas a los políticos que han engañado al pueblo.

El orador los distingue cronológicamente en dos grupos: el primero constituido por aquellos que garantizaron la sinceridad de Filipo, y fueron portadores de falsas promesas que indujeron a los atenienses al tratado de paz; el otro integrado por aquellos a los que, una vez concluida la paz, tuvo que oponerse decididamente Demóstenes, por cuanto traicionaban a la República y preparaban el abandono de la Termópilas y la Fócida. En realidad son los mismos: los del partido de Eubulo, pacifista y asalariados al servicio de Filipo, Esquines y Filócrates en concreto [101]. Lo cierto es que Demóstenes en ambas ocasiones dio pruebas fehacientes de clarividencia y patriotismo. En el primer momento, durante el transcurso de la segunda embajada para la paz, quiso enviar una relación al pueblo de Atenas sobre el cariz desfavorable que tomaban los acontecimientos, para llevarle a desconfiar de Filipo; pero sus compañeros de viaje se lo impidieron [102]. En el segundo momento, después que el Rey hubo prestado su juramento, nuestro hombre rompió abiertamente con sus colegas, y, llegado a Atenas, en pública asamblea denunció los planes de Filipo ante la oposición de Esquines y Filócrates, quienes le motejaron de abstemio y de hipocondríaco intratable, llegando a fascinar al pueblo con las vanas promesas del Macedonio [103].

Si Demóstenes, ahora que el curso de los acontecimientos ha confirmado su lúcida visión política, se enfrenta con sus rivales

---

100. Cf. *II Filip.*, nn. 28 y ss.

101. Cf. Luccioni, *o. c.*, p. 33.

102. Cf. *Sobre la falsa embajada*, nn. 150-178.

103. Cf. *Ibidem*, nn. 20-24. En el n. 46 se encuentra la irónica expresión con que Filócrates satirizó a Demóstenes: οὗτος (el orador) μὲν γὰρ ὕδωρ, ἐγὼ (Filócrates) δ'οἶνον πίνω a la cual alude el n. 30 de la *II Filipica*. En la antigüedad los abstemios pasaban por hombres extraños y poco inteligentes.

Universidad Pontificia de Salamanca

de antaño, no es para lanzarse a las injurias, ni para darles ocasión de recibir nuevo salario de Filipo [104]; sino porque, en una ocasión crítica como la presente, es necesario que el pueblo distinga entre los buenos y los malos consejeros. Porque los traidores, cuando la amenaza sea extrema, guardarán silencio, como han sabido ocultar también, a propósito de la embajada para la paz, los motivos por los que recibieron la recompensa del Rey [105]; y entonces los políticos de buen consejo corren el riesgo de ser víctimas de la ira del pueblo, que a veces no castiga a los verdaderos culpables, sino a aquellos que tiene a su alcance [106].

Especificando más, pero sin dar su nombre, según era costumbre en las arengas, Demóstenes señala a Esquines como al culpable de todo, «el hombre que les ha persuadido a abandonar la Fócida y las Termópilas, abandono que al convertir a Filipo en señor de la una y de las otras, le ha otorgado también el dominio de la ruta del Atica y del Peloponeso» [107]. No compartimos el sentir de J. Petit, quien considera más probable la alusión a Filócrates, «el principal responsable de la paz del 346» [108]. Ya desde Libanio [109], los comentaristas han visto en estas frases finales un anticipo del inminente proceso contra Esquines. Con ello quiere preparar el orador su nueva acusación contra él —la primera vez había fracasado, según vimos, a causa de Timarco—, a propósito de las prevaricaciones de la embajada, a fin de infamar a su adversario y predisponer en su favor el ánimo de sus conciudadanos. Como Hipérides se había encargado de la acusación de Filócrates, a Demóstenes le había correspondido la de Esquines, y era para él una cuestión política, de justicia y también de honor llevar el proceso a feliz término.

Demóstenes considera a Esquines un vendido y un traidor. Quizá su rival no llegó a tanto; no fue el mercenario de Filipo y

---

104. Cf. *II Filip.*, n. 32.
105. Cf. *Sobre la falsa embajada*, nn. 206 y s.
106. Cf. *I. Olint.*, n. 16; *II Filip.* n. 34.
107. *II Filip.*, n. 35.
108. *O. c.*, p. 29.
109. *Hipótesis*, n. 5.

Universidad Pontificia de Salamanca

Alejandro que Demóstenes supone [110], pero no rehuyó tampoco recibir un regular estipendio de Macedonia por sus servicios de informador político [111]. Si, como argumenta Cawhwell [112], Esquines ayudó a los atenienses a que aceptasen las inevitables consecuencias de la presencia de Filipo en las Termópilas, labor que Demóstenes desconoce; con todo, debió haber evitado aquella política de abandono, de impresivión y de resignación gozosa en manos de Filipo, que facilitó a éste la conquista de un punto tan estratégico.

No deja de sorprender esta última parte de la arenga por su tono mesurado y aparentemente humanitario, que contrasta con la actitud violenta y despiadada que el orador adopta en ocasiones posteriores frente a Esquines, v. gr. en los procesos *Sobre la falsa embajada* [113] y *Sobre la Corona* [114]. No quiere emplear el lenguaje ofensivo propio de sus adversarios, ni desea el castigo de ninguno, por más merecido que sea, al precio de la ruina de todos. Y así, en la fusión de sentimientos humanitarios y vindicativos, en esta plegaria final, es de gran efecto psicológico subordinar la imposición de la pena al interés de la patria [115].

CONCLUSION

La Segunda Filipica es ante todo un discurso ordenado a estigmatizar la ambición de Filipo, cada vez más peligrosa para Atenas, a fin de que ésta se decida a combatirle. Sin embargo para lograr su intento, Demóstenes estructura la arenga con gran habilidad. Apela a su clarividencia política anterior para autorizarse en sus aseveraciones. Presenta el doble ejemplo de Olinto y Tesalia, pueblos ya víctimas de la tiranía macedónica, para confirmar sus previsiones acerca de la situación crítica de

110. Cf. *Sobre la corona*, n. 52.
111. Cf. TREVES, *o. c.*, p. 14.
112. Cf. *Aeschines and the ruin of Phocis*, REG, LXXV (1962), pp. 453-59.
113. Cf. v. gr., nn. 192-200; 237-58.
114. Cf. nn. 126-31, 257-266 y passim.
115. Cf. *II Filip.* nn. 32 y 37.

Universidad Pontificia de Salamanca

tebanos y peloponesios, aliados de Filipo e insconscientes colaboradores de sus planes absolutistas, en trance de sucumbir igualmente bajo su poder. No podía faltar en este punto la obligada alusión al tirano, personificado en Filipo, enemigo de toda libertad. Por ello el tono profético y conminatorio, que posteriormente adopta, queda justificado por la triste experiencia de los hechos de la historia contemporánea. Con el fin de estimular a sus paisanos, les corrige y anima a un tiempo: profiere duras frases condenando su inacción, pero no menos sabe halagarles, recordando junto a las glorias del pasado sus disposiciones habituales en el presente, tanto para intuir las asechanzas de Filipo, como para oponerse a su agresión en defensa de la libertad.

Que la Filípica tuvo su resonancia parece un hecho indudable. Todo hace suponer que por el momento Filipo se abstuvo de sus tentativas de penetración en el Peloponeso, ya que en el discurso *Sobre el Haloneso,* pronunciado por Hegesipo un año después, no hay alusión alguna a una tal política macedónica, considerada agresiva por parte de Atenas; alusión que no podía faltar en la enumeración de los agravios que en el discurso reprochan a Filipo los atenienses. Incluso cabe afirmar que la política del Macedonio, a partir de este momento hasta la campaña en Tracia del 342, fue gobernada por Demóstenes [116], quien, a causa de su inteligente programa político, impidió a Filipo lograr la preponderancia, no ya en el Peloponeso, sino además en Grecia Central, Eubea y Tracia helénica [117]. Como prueba, en fin, de la consideración que a Filipo merecía Atenas, y del respeto que le infundían sus recursos y poderío, conviene recordar la embajada que por este tiempo envió a Atenas el rey de Macedonia y cuya dirección encomendó a Pitón de Bizancio, el cual, tras manifestar que las intenciones de Filipo no encerraban hostilidad alguna contra Atenas, ofreció en nombre del Rey una re-

---

116. Cf. P. TREVES, *La politica di Demostene e la seconda orazione filippica*, CM (1935), pp. 497-520.

117. Cf. P. CLOCHE, *Philippe de Macédoine depuis la harangue de Démosthène "Sur la paix" jusqu'à la rupture athéno-macedonienne* (346-340), RBPh, XXX (1952), pp. 677-720.

Universidad Pontificia de Salamanca

visión amplia de las cláusulas del tratado de paz, y la eventual modificación de aquellas que fuesen particularmente desagradables al pueblo ateniense [118].

ISMAEL ROCA MELIA

118. Cf. *Sobre el Haloneso*, nn. 20-22; G. MATHIEU, *o. c.*, pp. 85 y s.; A. PUECH, *o. c.*, p. 152 y s.

Universidad Pontificia de Salamanca